

Porque ¿cómo olvidar aquel cuatro de noviembre en que mi padre se presentó en la empresa Romeu más temprano que ningún día, para demostrarle a don Vicente que él tampoco pensaba asistir a nuestra boda? De la familia de Eva no vino nadie a la iglesia. A Manolo, que estaba empeñado en acompañarnos, ya no nos fue posible meterlo en el coche y se quedó vestido con un chaqué que se le había quedado grande, y con el lazo sin hacer. Me dio a escondidas quince mil pesetas para ayudarnos a que empezáramos la nueva vida que se nos iba a venir encima en cuanto concluyera la obligada ceremonia de la boda, que se celebró en Misent, en la parroquia de la Asunción, porque a la familia le pareció menos ignominiosa una boda al amanecer, con la iglesia vacía, que una huida a Madrid sin la constancia local de que habíamos legitimado nuestra unión. Mi madre nos esperaba a la puerta de la iglesia y le dio a Eva un ramo de flores que no sé dónde habría conseguido en aquella estación del año.

Recuerdos, fechas. El viento movía las farolas y un aire desapacible traía la humedad del mar. Cuando el tren alcanzó la bahía de Altea, había empezado a llover y apenas se veía la sombra del Peñón entre los jirones de niebla. Teníamos las quince mil pesetas que nos había dado Manolo y algo que habíamos conseguido

reunir por nuestra cuenta: poco dinero para emprender una vida que no sabíamos adónde habría de llevarnos; y que, además, empezó a esfumarse en la taquilla de la estación de ferrocarril de Misent y que siguió menguando en la de Alicante y en la panadería y el ultramarinos en los que entramos para adquirir provisiones. Cada peseta que gastábamos acertaba nuestro plazo. Eva llevaba, además, su educación, su buen gusto, su ropa de calidad y algunas joyas. Yo, mi juventud, la herida del rencor.

El viento desapacible, el olor a carbón. De madrugada, cuando el tren se detuvo en Chinchilla, me di cuenta de que los cristales de la ventanilla se habían helado por dentro. Entonces ya había empezado a hacerme daño el último gesto con que despedí a Manolo. Hubiera deseado poder coger el tren de vuelta para repararlo. «Ya no te veré más», me había dicho por encima del lazo mal anudado de su chaqué, y me había hecho una señal para que yo le pidiera a Eva que nos dejase solos, pero no me sentí con ánimos, e hice como que no entendía su gesto. Entonces, me cogió con fuerza una mano y la apretó entre las suyas, y yo tuve que tirar con cierta brusquedad para separarme de él, lo que le hizo abrir los ojos con sorpresa. «Carlos», dijo, con una voz amarga. Yo le dije adiós desde la puerta.

Muchas veces, desde el interior de la bañera observo a Ramón, que alcanza los frascos de gel o de perfume, que me frota la cabeza con el champú, que extiende el brazo para recoger la toalla, y admiro su agilidad, su solidez, e intento reproducir en mí los sentimientos que Manolo debía experimentar ante aquel joven fuerte y ambicioso que yo fui. Comparo los músculos tensos de Ramón con mi cuerpo degradado y siento deseos de suplicarle que me traspase un poco de su fuerza y, mientras lo contemplo, no puedo apartar de mí la idea de una injusticia: es como si su fuerza creciera a costa de arrebatarme la mía, y entonces me asalta el recuerdo de cómo, a medida que Manolo se quedaba en la butaca del rincón, yo me senté en sus sillas, ocupé su lugar en el escritorio de la oficina, cogí entre mis manos el volante de su automóvil, leí los libros que él ya no podía sostener y, años más tarde, edifiqué mi casa en el lugar que él me había enseñado que era el más hermoso.

Nunca se me había pasado por la cabeza que Elena pudiera dejarme un día. Yo viajaba fuera de España y ella me acompañaba con frecuencia. En Madrid acostumbrábamos a vernos en un apartamento que había adquirido en un rincón discreto cerca de Cea Bermúdez, en una calle poco poblada, de edificaciones nuevas, y en la que apenas se veían peatones por las aceras, un lugar perfecto para encerrar una relación fuera del matrimonio.

Ocurrió en Niza. Yo acababa de abandonar una reunión con los directivos de cierta constructora francesa interesada en adquirir terrenos cerca del Bernabeu y que buscaban un intermediario de confianza. Elena había pasado la tarde de compras en la ciudad y, cuando llegué a la habitación del hotel, estaba tumbada en la cama rodeada por media docena de revistas. Recuerdo sus pies sonrosados, su pelo suelto

cayendo sobre una bata de color perla. No quiso vestirse para cenar y pedimos que nos sirvieran un tentempié en la habitación. Lo dijo de improviso: «Carlos, tenemos que dejar lo nuestro.» Y yo no le hice demasiado caso. Seguí más atento a la botella de Graves, al salmón y a los huevos pochés, que a sus palabras.

«Te dejo, Carlos», insistió cuando ya habíamos apagado la luz. «Quiero tener una oportunidad, una familia como la que tienes tú. Me voy a casar, ¿sabes?, y esas cosas conviene empezarlas bien.» Me comporté como un imbécil. Me perdió el desconcierto. Le hice el amor y, al terminar, pensé que ya estaba todo resuelto. Creí que me bastaba con demostrarle que aún podía seducirla con mi sexo: la inexperiencia, la juventud. Aún no entendía la capacidad de cálculo y disciplina que puede desarrollar una mujer cuando tiene una ilusión.

Volvió de lavarse, envuelta en una toalla. Le dije: «Tú no podrás dejarme nunca», y ella se echó a reír. «Mi pobre puta», me dijo, pasándome la mano por la cara, con ternura, «qué poco te enteras de las cosas.» Le aseguré que aún podía separarme de Eva, aunque sabía que no, y menos en aquellos instantes en que ya estaba embarazada de Julia. Ella también lo sabía. «No te importa engañar, si con la mentira mantienes el pesebre», volvió a burlarse. Me dieron ganas

de abofetearla, pero empecé a vestirme. Ahora no me hacía gracia que me llamase «puta» con aquella voz tan dulce que sonaba a irónica compasión. Salí dando un portazo y paseé durante horas por la ciudad. Cuando regresé, ya de madrugada, dormía, y me invadió la rabia viéndola dormir indiferente. Yo había creído tenerla y era ella la que me había tenido a mí. La rabia no era nada más que miedo.

A la mañana siguiente la acompañé al aeropuerto, aunque no quise coger el mismo vuelo que ella. Anulé mi pasaje y permanecí un día más en Niza: ese día le compré el collar de platino a Eva y, para regresar a España, alquilé un automóvil con el que fui directamente hasta Misent. Allí, en un vivero que cerraron hace algún tiempo, adquirí la media docena de palmeras que adornan el jardín de la Punta Negra. Me quedé una semana vigilando las obras de la casa y, antes de volver a Madrid, presencié el trasplante de las palmeras, y verlas allí, agitando sus palmas a la orilla del mar, sobresaliendo en la distancia como un punto de referencia en la costa, me pareció un antídoto contra el miedo que me había asaltado en Niza al ver a Elena dormida e indiferente mientras a mí me mordía la desesperación de lo irremediable. Muchas veces he pensado que la inquietud de aquella imagen de Elena ha sido la que me ha provoca-

do siempre la propia ciudad de Madrid: la de una amante insegura de la que jamás puedes sentirte orgulloso porque te expones a que te deje en ridículo.

Elena y yo no volvimos a acostarnos juntos y siempre me ha quedado la duda de por qué. Yo aún la deseo, o quizá sólo deseo la juventud perdida. Probablemente, los dos tuvimos demasiado orgullo y ella ya no podía pedirme nada como yo no pude volvérselo a pedir. Una tarde en que regresé solo al apartamento, descubrí que se había llevado las pocas pertenencias que guardaba allí y que había dejado las llaves en el mueblecito del hall. Luego, durante años, coincidimos por la calle, en fiestas, o a la salida de algún espectáculo. Nunca volvimos a saludarnos, porque oficialmente ella y yo no nos conocíamos. Todavía me pregunto a veces si seguirá con vida y, en tal caso, no sé si querría volver a verla, no fuera a ser que también se esfumase ese fantasma que me visita con frecuencia; aunque, en otras ocasiones, pienso que la vejez, del mismo modo que nos vuelve comprensivos con nuestro aspecto físico, también nos lleva a aceptar el de los demás, porque nos educa para convivir con la degradación. En ese caso, a lo mejor Elena aún seguiría pareciéndome bella y deseable, y encontrármela acompañada por su marido desataría en mí la dolorosa comezón de

los celos. Debo confesar que, años atrás, cada vez que me cruzaba con su marido no podía evitar la curiosidad y me preguntaba si aquel hombre habría sido capaz de llenar su imponente pozo de deseo.

Julia nació en Madrid, porque aún faltaban los últimos retoques de la casa de Misent, y pienso que su llegada fue decisiva para que también Eva sintiera prisa por instalarse en la costa, recuperando la ilusión que durante tanto tiempo habíamos mantenido. Aunque hoy, pasados los años, a veces me da por pensar si esa decisión no estaría alimentada por algún malentendido con el doctor Beltrán: de entonces data el retrato con el collar de platino que cuelga en el pasillo que separa mi estudio del salón, y que está firmado por Bello, un amigo de Beltrán, recientemente fallecido, cuyos cuadros ahora se cotizan enormemente, se exponen en todo el mundo, y de quien conservo también una marina.

Ordenando mis recuerdos, los veo a los dos (a Beltrán y a Bello) y a Eva sentada en una mecedora, posando para el retrato, y luego ya no veo a Beltrán: sólo el sol de otoño entrando a través de las cristaleras del cenador, y a Eva con Bello, que maneja los pinceles; y a esa imagen se asocian las frases de Eva diciéndome que sería maravilloso que Julia naciera en Mi-

sent, y yo que viajo con frecuencia, para dar los últimos retoques a la construcción, en el que puede considerarse como el momento más dulce de mi vida matrimonial.

Tenemos la felicidad de la familia (incluso la sombra de Elena se ha desvanecido durante aquellos meses), la satisfacción del dinero, que sigue llegándonos de una forma que parece milagrosa con los nuevos proyectos urbanísticos de la zona norte de Madrid, y el orgullo de poder regresar a Misent, de donde salimos casi a escondidas una desapacible mañana de noviembre.

El mar arrastra los cantos de la orilla en los días de tormenta y me hace participar de las palabras de Manolo. A mi manera, también yo creo por entonces que la poesía es necesaria porque te hace vivir por encima. Lo creo mientras dirijo las obras, mientras salgo con Eva para encargar los muebles, mientras me asomo a la terraza y miro la buganvilla que ha empezado a trepar por la pared y, al atardecer, veo la silueta de los barcos en la línea del horizonte.

La música que escucha Eva es como si hubiera sido compuesta para nosotros solos, y se me olvida el nombre de quien le regala las placas: como a los habitantes de Misent se les ha olvidado la identidad de un joven ambicioso

que conducía el automóvil de un paralítico mientras se esforzaba en seducir a su hermana. Ya no hay miradas irónicas cuando atravieso la avenida del Generalísimo y aparco mi automóvil bajo los plátanos, junto a las mesas de los cafés. El dinero hace nacer la admiración, el respeto.

Siento el equilibrio dentro de mí y hasta la pasión sensual parece esfumarse, como si no hubiera sido más que la pesadilla de alguien que aún no se había encontrado a sí mismo y se buscaba inútilmente en la hendidura de un pozo, de una gruta sin salida en la que, de no haber escapado a tiempo, se hubiese asfixiado.

Lucho por lo mío.

La primera vez que acompañamos en coche a mis suegros para que visiten la nueva casa, se instalan los dos en el asiento trasero, cuando lo más lógico habría sido que Eva y su madre ocuparan ese lugar y mi suegro se hubiera sentado a mi lado. En la siguiente ocasión, acudo solo, y mi suegro intenta ponerse detrás, junto a su mujer, pero me interpongo entre él y la puerta del automóvil, cerrándole el paso. «Hace años que no trabajo de chófer para nadie», le digo, y levanta la cabeza como si fuera a responder algo, y luego la agacha de nuevo, y ocupa el asiento junto al mío, y cruzamos así la avenida del Generalísimo, y yo detengo el automóvil

ante la pastelería y bajo a comprar unos dulces, y él se queda allí durante un buen rato, en mi coche, esperándome, ante los veladores repletos de público en la mañana de domingo, y allí dentro soporta los saludos de los conocidos. Me demoro a propósito. Charlo con alguien, me inclino sobre los ocupantes de un velador. Le estoy advirtiendo que el orgullo es un juego que le permito que siga practicando de puertas adentro de casa. Una cortesía.

Mi padre no viene nunca a la casa de la Punta Negra. Sé que la ha visto levantarse, que ha seguido las obras desde lejos, por más que haya cambiado el recorrido de sus paseos vespertinos para no tener que pasar junto a la construcción. La presencia de la casa le hace daño a la vista como se lo hacía la luz del comedor cuando en la inmediata posguerra le pedía a mi madre que la apagase y se quedaba en un rincón a oscuras: no es capaz de sentirla como una reparación, sino como una prolongación de su derrota, ahora convertida en vergüenza. A mí me duele la sordera en que lo ha instalado su tozudez.

Mi madre acude de vez en cuando. Se hace cargo de Manuel, de Julia, que lleva su nombre, por más que mi padre dijera el día del bautizo que «un nombre no cambia nada». Hay una normalidad que parece engrasar poco a poco

nuestra vida. Los niños crecen, el jardín se vuelve frondoso. Yo he comprado una Leica y les hago fotos. Aún puedo ver una parte de esas fotos: la cercana playa cubierta de algas que los carros se llevaban al atardecer, el merendero que me devuelve el olor de los pescados asados, la hamaca sobre la que se tiende Eva con un libro en las manos, el columpio, el barco de vela que Manuel sostiene y que talló mi padre para regalárselo un cumpleaños en el que tampoco quiso comer en casa.

Y como si sólo el dolor tuviese memoria, una niebla que detiene el tiempo en el recuerdo, como si diez años fueran nada más que un instante, una fotografía. El tiempo sólo se pone en marcha en mis continuos viajes a Madrid, en el crecimiento del bloque de viviendas que concluyó en La Corea, en las frecuentes salidas al extranjero a las que se une mi nueva acompañante, Isabel, en las copas de Pasapoga con los clientes, y en las cenas de madrugada en mesones de la zona norte donde oigo flamenco y a las que a veces le pido a Isabel que me acompañe mientras que en otras ocasiones busco acompañantes de una noche.

Durante algunos años, esta casa permanece prácticamente cerrada y Eva apenas pisa Madrid para las compras de temporada, para ir al modisto, a algunos estrenos. Un par de veces al

año volvemos a abrir las puertas para dar alguna fiesta a la que acuden mis proveedores y se mezclan con los viejos amigos de Eva. Es una forma de decirles que seguimos existiendo.

Isabel, mi nueva compañía, ni es ni se le parece a Elena. Hay en ella una sumisión distinta. Falta la igualdad del deseo, o por mejor decirlo, yo la deseo furiosamente (su juventud, su piel tersa, la mancha húmeda y rubia de su entrepierna), y ella desea más allá de mi sexo: los muebles un poco cursis con los que le he decorado el apartamento, buscando borrar las huellas de Elena, los perfumes, la ropa, la vida entre hombres maduros que se mueven con soltura en la noche, los restaurantes, los saludos. Yo la deseo, la muerdo, la penetro, y sin embargo, pese a la violencia de nuestros encuentros, sé que ya tengo el sexo fuera de mí: en lo que me rodea y poseo.

No importa. No sé si goza o finge, pero empiezo a descubrir que se trata de una información intrascendente, porque en nada va a alterar mi conducta. Yo puedo ponerla de pie contra la pared del baño y metérsela mientras solloza, puedo ponerla a cuatro patas sobre la alfombra y morderle la nuca, puedo arrodillarla ante mí y teparle la boca con mi polla. Nunca se le ocurrirá llamarme puta, ni se sentará en el borde de la bañera para fumarse un cigarrillo

lleno de desprecio. Su sexo no es ni una fruta ni un pájaro herido que me conmueve cuando aparto los bordes de su llaga ante mis labios. Tengo la impresión de que ese tiempo de sorpresa ya pasó y que el pájaro herido y tembloroso fui yo mismo.

Siento que se ha desvanecido algo dentro de mí, del mismo modo que uno se levanta por la mañana y nota que ha desaparecido la fiebre que lo mantuvo sudoroso durante un par de días y respira otra vez los olores que parecían haberse evaporado y, al beber un vaso de agua, advierte que la boca ya no tiene esa pastosidad que la enfermedad había puesto en ella.

Isabel no es necesaria. Incluso cuando me acompaña en los viajes yo puedo prolongar la noche a solas después de concluidas la reunión y la cena de negocios. Puedo buscar aventuras y pasar con otras mujeres algunas horas en una habitación y, de vuelta al hotel, ver a Isabel dormir plácidamente y sentir como un consuelo. Es un gato tibio que se pinta las uñas durante horas, pasa tardes enteras ante el espejo, llena la repisa del lavabo de tarros, borlas, pinceles y algodones, se aburre ante el televisor y lee con una mezcla de pasión y desgana las noticias acerca de bodas de artistas y princesas en las revistas del corazón. También yo la tengo a ella con una extraña mezcla de pasión y hastío.

No. Ya no venero el instante en que un sexo destella al abrirse ante mis ojos. Sólo lo ambiciono. Necesito cubrir ese hueco que de repente me parece de nadie con un sentimiento que ahora advierto similar al que me empuja a llenar con cemento una excavación, a levantar un edificio en un solar, a cubrir con mi rúbrica el hueco que queda al pie de un talón bancario.

La emoción está en otro lugar. Cuando Eva se peina antes de que salgamos a cenar con los amigos de Misent, cuando la veo cuidarse las manos ante el espejo del tocador, porque la artrosis ha empezado a deformarlas a pesar de su juventud, cuando Julia da sus primeros pasos, o Manuel me trae las notas del instituto: éstos son los gestos que me conmueven; ése también mi tiempo sin memoria, desvaído, tiempo sin tiempo, porque la felicidad no se recuerda. Es un estado que se resume en un instante, no una sucesión.

Luego regresa el tiempo de verdad. Lo hace despacio, imperceptiblemente. Como uno de esos mediodías de verano en los que no se mueve ni una hoja y que la brisa altera poco a poco hasta convertirlos en desapacibles. Eva me acompaña con mayor frecuencia a Madrid y, cuando permanecemos en Misent, la noto cada vez más encerrada en sí misma. Se vuelve melancólica y hasta hosca si alguien viene a inte-

rrumpirla en sus ocupaciones. Pasea por el jardín, se asoma a la Punta Negra, desde donde contempla el mar y las lejanas edificaciones de la ciudad, escucha música.

Ya no pone casi nunca nuestros discos: Machín, Gatica, Lorenzo González, Gloria Laso o Miguel Fleta. Ahora escucha durante tardes enteras la música que compartió en su primera juventud con la institutriz francesa. Aún están los discos que se trajo de Misent apretados en los estantes del cenador: Haydn, Schubert, Bach. Los preferidos de mademoiselle Corinne, que es como se llamaba la institutriz que inició en ella una pasión musical que los contactos con el doctor Beltrán siguieron alimentando. Recuerdo vagamente a esa mujer caminando huidiza por las calles de Misent en mi primera juventud, y aún quedan unas cuantas fotografías suyas en algún cajón: rubia, pálida, frágil.

Eva se levanta temprano, se pone el tocadiscos —ópera, piezas estimulantes: Vivaldi, Mozart, Strauss—, hace un poco de ejercicio, desayuna conmigo y con los niños, sigue de cerca la limpieza de la casa, en la que es muy exigente con el servicio; vigila a Josefa y prepara la mesa cada día como si fuésemos a recibir invitados. La comida es el momento culminante del día. El mantel tiene que desplegarse impoluto, hay



flores en el centro de la mesa, platos y cubiertos son los mismos que se sacan en los momentos solemnes, y las fuentes se presentan perfectamente decoradas. Sólo al concluir la comida, cuando se sienta en el sofá a tomar café conmigo, y los niños regresan al colegio, parece que el peso del día se le viene encima. Lee y escucha música, pero ahora una música triste bajo la que se aplasta como si se escondiera en un daño para evitar otro mayor.

Yo creo que buscaba en esa música como una materialización de los sentimientos que tenían que quedársele dentro igual que gases que no encontraran salida, porque no se permitía con nadie, ni siquiera con los niños, efusiones excesivas. Cuidaba de su educación, de su salud, les leía libros, pero no soportaba las carreras, las bromas y los gritos propios de la infancia. Yo respetaba su tristeza. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Muchas tardes acudía su madre a visitarla. A doña Carmen no le hacían gracia mis viajes. Le decía a Eva que no se explicaba cómo podía ser que yo no le pidiese que me acompañara. En cierta ocasión le dijo: «Mi marido no ha dado nunca un paso sin mí.» Y Eva le respondió: «Tu marido no ha dado un paso en la vida, ni contigo ni sin ti.» Me lo contó riéndose esa misma noche. No la quería. No la quiso nunca.

Doña Carmen se llevaba la labor y se pasaba las horas en la Punta Negra, haciendo ganchillo y charlando sin parar. Cuando se iba, muchas veces ya anochecido, Eva la acompañaba hasta la puerta, volvía a la sala donde estábamos los niños y yo, y le pedía a Josefa que le preparase un baño, y le decía, sin importarle que lo oyesen Julia y Manuel: «No se da cuenta de que me agota. No respiro hasta que se marcha.» Se quedaba mucho rato encerrada en el baño y salía frotándose las manos. «Ahora, a leer», les decía a los niños.

Años más tarde, cuando Manuel volvía de Francia para las vacaciones, una vez que ya nos habíamos instalado de nuevo aquí, en Madrid, se metía con él en el cenador durante horas, tras ordenarle: «*Maintenant on va causer un peu, mon petit Marcel.*» Lo cuenta Manuel en su cuaderno y también que empezó a llamarle Marcel después del primer viaje que hicimos a Normandía. Le llamaba Marcel y le hablaba en francés corrigiéndole la pronunciación. Ella había aprendido maravillosamente esa lengua con mademoiselle Corinne, la institutriz con la que convivió en Misent buena parte de la infancia y en cuya casa de Arlés pasó el último año de la guerra civil mientras sus padres y su hermano se instalaban en San Sebastián.

También heredó de ella su rigidez, su intran-

sigencia, la manía del ahorro, de la higiene pausada, todo ese ritual de orden que Manuel cuenta en su cuaderno que reconoció luego en los colegios franceses y que a mí siempre me pareció original de nuestra casa, o quizá propio de la clase de la que ella provenía. Manuel matizó al escribir: «Era, sin embargo, una rigidez que sólo se refería a las formas: al modo de empuñar los cubiertos, de peinarse y lavarse, al de hablar o al de vestir, pero que dejaba en libertad lo íntimo, comprendiéndolo, amparándolo.» Para Manuel, yo he sido siempre el reverso de su madre: no he concedido importancia ninguna a las formas y, sin embargo, me he inmiscuido en sus ideas —así lo escribió—, en sus sentimientos, y los he «fomentado, discutido, perseguido y acechado» desde lo que define en el cuaderno como mi código *inamovible* de conducta.

Pero prefiero volver a Eva. Hasta pocos meses antes de su muerte, la música ocupaba el cenador, se extendía por el jardín, y era como si fuese ella misma la que estuviese ocupando aquellos espacios. Aunque, puesto a pensar, yo diría que eso fue más bien en los primeros años —la música como una forma de ocupación blanda de los territorios que la rodeaban—, y que luego se alteró sustancialmente el significado de su rito, aun siendo en apariencia idéntico. La

música se convirtió al final en un manto en el que se envolvía y se guardaba ella misma, un poco como los usuarios del baño turco, una vez concluida la sesión, se envuelven en una toalla o en un albornoz para mantener la temperatura del cuerpo frente a la agresión del clima exterior.

El regreso del tiempo. En Misent salíamos bastantes noches con los amigos y, de vuelta a casa, se quitaba los zapatos, ponía en el tocadiscos nuestra música, se dejaba caer sobre una tumbona, y decía: «Son unos zafios», y repasaba sus blusas, sus chaquetas, sus zapatos; y pesaba en una balanza de alta precisión las palabras que habían pronunciado durante la velada, y analizaba con un microscopio los manteles que habían cubierto la mesa y los platos en que se había servido la cena y las copas en que habíamos bebido el vino. Nada resistía su examen.

Yo al principio me reía. Sabía hacerme reír. Al médico que acudía a nuestra casa lo llamaba «el doctor Mabuse», y a su esposa, «el tigre de las bengalas», desde que nos invitó a una tarta de cumpleaños sembrada de velitas fulgurantes; al propietario de la fábrica de muebles, servi-

cial, inculto y pretencioso, lo apodaba «Nobleza Baturra», y a su mujer, «Mamá Tresillo».

Esos momentos en casa, después de una fiesta, cuando tomábamos una copa a solas y abríamos la cristalera de la terraza para que entrase el aire del mar, permanecen entre mis recuerdos inolvidables. Eva gesticulaba y hablaba ridiculizando a nuestros amigos y yo me reía y sentía que estábamos cerca. Pero, poco a poco, los comentarios fueron volviéndose más ácidos y, cada vez con mayor frecuencia, esas bromas se mezclaban con reflexiones acerca de la fugacidad de la vida, y con frases del tipo, «aquí, en Misent, viendo pasar los años, rodeados de toda esa pandilla de zafios, embruteciéndonos». Yo intentaba convencerla de que no estábamos entre aquellos zafios, sino juntos, en la casa que con tanta ilusión habíamos construido y amueblado, y le decía, mostrándole el mar desde la terraza de nuestra habitación y las copas verdes de los pinos y la mancha de color de la buganvilla: «Estamos juntos y rodeados de todo esto. Si no quieres, no tenemos por qué ver a esa gente estúpida», pero ella me respondía: «Entonces, qué me queda.»

Estaba empezando a abrir las puertas de casa para que nos escapáramos. Cuando Manuel cumplió los doce años, se empeñó en enviarlo a estudiar a un colegio cerca de Burdeos.

Yo me opuse. No me parecía bien alejarlo tan joven de nosotros, perderlo tan pronto de vista. Discutimos durante varios días. Manuel ha recogido en su cuaderno, distorsionándolas, algunas de esas discusiones que tuvo ocasión de presenciar. Asegura que mi oposición se basaba en que yo estaba convencido de que en Francia corría «serio peligro moral». Y, según él, esa actitud mía propició «un nuevo punto de inflexión en el desamor de ella». «Si los prejuicios de sus familiares», razona en el cuaderno, «profundamente conservadores, debieron parecerle lógicos aunque estúpidos, no los soportó reproducidos en mi padre como una caricatura reproduce una fotografía. Su improvisada beatetría tuvo que parecerle risible.»

Otra inflexión en el desamor. Qué ha podido saber. Qué sabe Manuel. Mucho antes de que me opusiera a su viaje ya había mordido el fruto de ese árbol del desamor en unas cuantas ocasiones y podría anotar aquí diversas anécdotas que muestran con claridad que, por entonces, ella ya no se miraba en nosotros, sino que tenía los ojos pendientes de algo que estaba ocurriendo fuera.

Cierta tarde me la encontré sentada en el salón con el teléfono entre las manos. Lloraba cubriéndose la cara con un pañuelo. Le oí decir: «No me lo pongas todavía más difícil.» Y me

alejé de puntillas para que no advirtiera mi presencia. Huelga explicar que su preocupación, aquella angustia que la hacía llorar con desconsuelo, no se la provocaba ninguno de los miembros de la familia.

Aún me la encontré llorando una vez más por aquellos días. La vi de lejos, en el malecón de la Punta Negra, y me acerqué a ella. Estaba de espaldas, inmóvil, mirando en dirección al mar, y cuando llegué a su altura, se volvió. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Me quedé mudo, sin saber qué hacer, pero ella sonrió y me dijo: «Me dolía tanto la cabeza, que he pensado que llorar un poco puede ser buen remedio.»

Durante algún tiempo viajó conmigo a Francia. Visitábamos a Manuel cada tres o cuatro meses. Miraba con melancolía los carteles que anunciaban conciertos, las plazas con jardines en los que crecían pensamientos amarillos y azules, las columnatas de piedra gris. Era como si siempre hubiera vivido allí, o como si hubiera sido un error no haber vivido allí desde siempre. Se asomaba a los puentes y me hacía pensar por vez primera que Madrid es una ciudad sin río, y hasta su otoño se me volvía pequeño cuando paseaba al lado de ella en París, bajo la lluvia de hojas secas del Jardín de Plantas. En Francia encontraba su tamaño y me hacía sentir que Misent y yo éramos para ella el país de Lili-put.

Una noche, en París, no estaba en la habitación del hotel. Me había dejado una nota sobre el escritorio, explicándome que iba a retrasarse

más de la cuenta porque asistía a un concierto en Saint Germain l'Auxerrois. Cogí un taxi desde el Boulevard Raspail porque había previsto llevarla a cenar esa noche, o tal vez porque era como si la nota abandonada sobre el escritorio me hubiera contado que la estaba perdiendo y, con un golpe de mano, aún pudiera recuperarla. La fachada de Saint Germain l'Auxerrois se levantaba sombría bajo las gotas de agua. La iglesia estaba cerrada. Volví al hotel y ella aún no había regresado. Lo hizo pasadas las once. Venía empapada y se abrazó a mí. Me contó que se había equivocado de fecha, que el concierto era para el día siguiente. Me dijo: «He tenido ganas de pasear bajo la lluvia. ¡Estaba tan hermosa la ciudad!» Y añadió: «Volvamos a Madrid.»

Al otro día me llevó a una galería de la rue de Seine, donde ya le habían embalado un cuadro que adquirió la tarde anterior: la esquina de la calle Vavin pintada por un húngaro que se llama Czóbel. «Así tendremos en el salón de casa una ventana por la que seguiremos viendo París», me dijo. El dependiente, al dirigirse a nosotros, se había referido al «cuadro que ayer apartaron los señores», y yo me pregunté quién habría sido el acompañante de la tarde anterior.

Recuerdo a Eva dirigiendo las tareas de embalaje y a Josefa cubriendo con paños blancos los sofás del comedor, la butaca de cuero que sigue siendo mi preferida, bajando las persianas, cerrando y apuntalando los postigos. En el jardín empezaban a amarillear los árboles de hoja caduca, pero algunos rosales florecían en todo su esplendor. Las palmeras movían sus palmas contra el cielo azul.

Se lo escuché decir en una ocasión a mi suegro: «Uno se pasa la primera mitad de la vida vistiéndose, y la segunda desnudándose.» Ahora entiendo lo que quería decir, y sé que uno no se desnuda fácil ni ordenadamente, sino que lo hace con brusquedad, dejándose jirones sobre el cuerpo. A esos pedazos que se nos enredan entre las piernas y nos impiden caminar con libertad en la segunda parte de nuestra vida los llamamos memoria. La desnudez deseada sería el olvido.

Pero ni siquiera sobre la intrascendencia de Isabel he conseguido que caiga el olvido, porque aún me turba de vez en cuando el recuerdo de sus nalgas o el modo como se mordía los labios cuando me recibía dentro. No es que me duela el final, como me duele el recuerdo de la última noche con Elena, pero sí el recuerdo de su carne, o quizá -de nuevo- sólo me duele el recuerdo de mi propia juventud.

Porque nuestra relación acabó poco más o menos como estaba previsto que tenía que concluir. Los viajes en avión, los paseos en taxi por ciudades lejanas, los ramos de flores, las cenas en restaurantes de lujo, en vez de acostumbrarla a la comodidad de una vida sin problemas y más que grata en un tiempo en que casi nadie podía permitirse ninguno de esos placeres, le despertaron la ambición, el cálculo.

De la inicial etapa en la que se sometía a mí como un instrumento que respondía a los resortes que yo pulsaba, pasó a una actitud que podría calificar de melancólica. No era raro que mientras yo paladeaba una copa de coñac, y ella picoteaba alguna de las golosinas que el camarero había depositado en el centro de la mesa, exclamase: «Te cansarás de mí. Me dejarás.» O que se pegara a mi brazo a la salida de un local nocturno, como si quisiera protegerse del frío, y hundiera la cara en mi hombro des-

pués de decir: «Para ti no soy más que un capricho.»

Ni siquiera trataba de decirme que me quería. No. Era como si resultara irremediable que yo acabase cometiendo una injusticia con ella, dejándola sin aquellos viajes, sin las golosinas ni las luces tenues de los locales a los que acudíamos de madrugada. Me pedía una especie de seguro de que el día de mañana iba a poder seguir haciendo lo mismo, cuando yo estuviera entre otros brazos o pudriéndome bajo la tierra. Era el prólogo de la representación a la que había previsto someterme, cuando me comentó que estaba embarazada y que quería tener «ese hijo nuestro». Se echó a llorar, gimió, me besó repetidas veces y, al ver que yo no estaba dispuesto a aceptar ese hijo en el que jamás había pensado, me llamó «hipócrita» y «gran señor católico».

Fue mi segunda y última amante estable, con llaves de apartamento y visitas regulares. Manuel estaba por entonces en Rouen y Eva y Julia seguían en Misent, lo que debió permitirme, tras la ruptura, la libertad de moverme por Madrid sin temor a indiscreciones, y sin embargo no tengo la sensación de que aquellos fueran para mí tiempos felices. Menudearon las citas en habitaciones de hotel, en apartamentos discretos con mujeres de paso. En algunas ocasio-

nes eran mujeres casadas que buscaban fuera del matrimonio un poco de pasión, o algún dinero con el que resolver pasajeros apuros económicos. Sin embargo, la mayoría de las veces se trataba de seres solitarios, con historias de desengaños amorosos, hijos en lejanos internados y una tremenda soledad cuyo contagio yo evitaba. Rehuía las conversaciones íntimas, no quería enterarme de su pasado, que siempre acababa siendo sórdido, amargo, triste. Buscaba –y pagaba– el fulgor de sus cuerpos, la mancha violenta de sus pezones sobre los pechos turgentes, sus sexos que eran refugios que me salvaban de un dolor indefinido.

Es curioso, pero en ningún momento interpreté el regreso de Eva a Madrid como fruto de un deseo de estar más cerca de mí, sino como un principio de ruptura. A las viejas amistadas se añadieron otras. Frecuentaban la casa actrices, galeristas, pintores, músicos. Quien apenas la frecuentaba era yo. Viajé más que nunca, y no siempre por necesidad, sino porque algo me alejaba de allí. La casa tenía un aire de escape: la mitad de los días uno no podía llegar y tirar los zapatos y ponerse en pijama a ver tranquilamente la televisión. Había gente, iba a venir gente, era posible que viniese gente. Así que algunos trabajos fuera de Madrid que podía delegar en otros los hacía yo mismo.

Me instalaba en habitaciones de hotel y me sentía libre. Allí sí que podía permanecer desnudo sobre la cama, fumando un cigarrillo y viendo cualquier programa de televisión: salía por la noche y me plantaba ante la barra de algún bar y me tomaba un par de copas; o volvía a apostar en la ruleta de la carne: en la sorpresa de unos pechos emergiendo fuera del sujetador, de unas nalgas saltando por encima de las bragas. El juego de los cuerpos, o su religión. Me arrodillaba ante ellos, los sometía a complicadas liturgias. En alguna ocasión invité a alguien desconocido a que compartiera esas ceremonias conmigo. Como aquella vez con Ort: mirar y ser visto. Era como si la presencia de un testigo hiciera más real el amor, menos pasajero. También disfrutaba de los buenos restaurantes. En mis viajes los elegía cuidadosamente, como elegía –aún hoy lo hago– los vinos: Cheval Blanc, Lafite, Bâtard Montrachet, si estaba fuera de España; Imperial, Vega Sicilia, Murrieta, en los escasos sitios de aquí donde por entonces podía comerse bien.

En ciertos momentos tenía la melancólica sensación de ser una especie de viajante de lujo; en otras ocasiones me inundaba una benéfica plenitud, mientras encendía un buen habano ante una copa de coñac, o en el instante en que cruzaba la primera mirada con una mujer y